

# FILMS de AMOR

EL AMANTE VAGABUNDO



Num.  
229

Films.  
25

RUDY VALLEE - SALLY BLANE

# FILMS DE AMOR

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:  
VALENCIA, 234 · APARTADO 707 · BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:  
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA  
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS JUEVES

AÑO VI

NÚM. 229

## El Amante Vagabundo

Adaptación en forma de novela de la película  
del mismo título, interpretada por el simpático  
artista de la pantalla

**RUDY VALLEE**

por MANUEL NIETO GALÁN

EXCLUSIVAS

**CINAES, S. A.**

Via Layetana, 53

Barcelona

### REPARTO

Rudy	RUDY VALLEE
Juana	Sally Blane
Ted Grant	Malcolm Waite
Sra. Whitehall	Marie Dresler

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

## PRIMERA PARTE

Dice el refrán, que la vida es para el arrojado, y en este caso se hallaba precisamente Rudy Bronson, un simpático muchacho, decidido a triunfar, fuese como fuese, siempre que los medios no fueran reprochables. Poseído de un gran optimismo, estaba seguro que con su decisión, tarde o temprano, tendría que vencer los obstáculos que el Destino le opusiera en su camino, y esa misma decisión hacía que su presencia fuese aún más simpática de lo que era. Su agradable figura y su constante sonrisa le daban un aspecto tan agradable, que difícilmente podía hablarse con él, sin sentirse agradablemente impresionado.

Para Rudy no había nada difícil y menos imposible, pues estas dos palabras le crispaban los nervios y decía que no debían haberse inventado.

Cuando salió del colegio, pensó en buscar un medio de vida, algo con qué hacer frente a las necesidades de la existencia, y para ello no halló otra cosa que aprovechar sus conocimientos musicales.

Reunió a seis compañeros más de colegio y les dijo:

—¿Sabéis lo que he pensado, muchachos?

—Alguna locura tuya, tal vez—le respondió uno de ellos.

—Nada de eso—siguió diciendo Rudy—, a menos que le llaméis locura el conseguir un gran porvenir.

Los demás se echaron a reír ante las palabras de Rudy, y éste, poniéndose serio, por rara vez en la vida, les explicó:

—He pensado que podíamos formar una orquesta de baile y recorrer los principales cabarets del mundo.

—¿No lo dije?—exclamó el que primamente había hablado—. ¿Se trata o no de una locura de Rudy? ¿Como vamos a llegar nosotros a eso que tú dices, sin tener a nadie que nos proteja?

—Pues ahí está la cosa—exclamó Rudy.

—Hay que buscar una persona que sea nuestra protección, un músico célebre, por ejemplo, que se interese por nosotros, y de eso yo me encargo. Todos sabemos música y con unos pocos ensayos podemos formar una orquesta envidiable.

Y tanto **empño puso** en convencer a sus compañeros, que éstos terminaron finalmente por acceder a los deseos de Rudy.

Al día siguiente comenzaron los ensayos y, a los pocos días, la agrupación formada por Rudy, resultaba una orquesta admirable, si bien todavía no habían conseguido tomar parte en ningún concierto, ni tocar en ningún "music-hall".

Ya desesperaban los muchachos de conseguir lo que se habían propuesto, cuando Rudy, les dijo un día antes de empezar el ensayo:

—¡Ya tengo lo que buscábamos, muchachos!

—¿Has conseguido contrato?—preguntó uno.

—Nada de eso—respondió con suficiencia Rudy—. He conseguido algo mejor todayía.

—¿El qué?—preguntaron a coro los demás.

—Pues, sencillamente, que he encontrado a la persona que nos ha de proteger.

—¿Quién es?—preguntó uno.

—¿No será una broma tuya?—exclamó otro.

—Nunca os he hablado tan serio como ahora.

—Pero di de una vez, quién es—exclamó otro de los que formaban la orquesta.

—Pues nada menos que Ted Grant.

—¿Ted Grant?... ¿El famoso saxofonista?—preguntó un compañero.

—El mismo—respondió jactanciosamente Rudy.

—¿Y te ha dicho que nos protegerá?—preguntaron.

—El no me ha dicho nada, porque no he podido hablar con él—replicó Rudy—, pero nos presentaremos en su casa, le diremos que somos unos grandes músicos, que esperamos sólo su protección, y tengo la seguridad de que no se negará a empujarnos hacia arriba.

Aquellas palabras calmaron la alegría que momentáneamente había conseguido infundir Rudy a sus compañeros. Pensaron, qué Ted Grant jamás se ocuparía de ellos y qué seguirían siendo unos músicos anónimos como hasta entonces.

—¿Acaso dudáis de lo que os he dicho?—preguntó Rudy incomodado, por la desconfianza de sus amigos,

—De lo que dudamos es de que ese músico nos preste ayuda.

—Pues ya vereís como no. Esta misma tarde iremos a verle y os desengañaréis.

Y una vez más Rudy, con su alegre optimismo, consiguió convencer a sus compañeros para que aquella tarde le acompañasen a casa de Ted Grant y solicitar de él la protección que necesitaban.

---

## Ediciones BIBLIOTECA FILMS

---

YA ESTÁ A LA VENTA

---

### EL TENIENTE SEDUCTOR

por Mauricio Chevalier

**104 PÁGINAS DE TEXTO  
UNA PESETA**

### SEGUNDA PARTE

En su fastuosa mansión de Long Island, vivía como un potentado el célebre saxofonista Ted Grant. Era este un hombre de pocos amigos y debido a su celebridad, empleaba para todos los demás músicos que no se hallaban a su altura, cierta indiferencia y desprecio, que le hacía aparecer a los ojos de cuantos le trataban, como uno de los caracteres más raros.

Su empresario tenía que sufrir continuamente las mil impertinencias del músico, mas teniendo en cuenta que su actuación era una mina para su teatro, se avenía a soportarlo, no sin que muchas veces hubiera estado dispuesto a terminar con él de una vez y para siempre.

Ante un hombre de tales características era nada menos, ante quien los muchachos pretendían presentarse para pedir protección.

Cuando, tras no pocos inconvenientes, lograron llegar a presencia del músico, éste les preguntó:

—¿Qué es lo que desean ustedes, muchachos?

—Verá usted, señor Grant—le dijo Rudy.

—Nosotros venimos a dar aquí un concierto, para que usted nos escuche y, si le agradamos, nos recomiende a cualquier empresario amigo suyo. Somos principiantes y necesitamos de alguien que se preocupe de nosotros.

—¿Y ha creído que yo no tengo que pensar más que en proteger a todos los que requieren mi ayuda? — preguntó molesto el saxofonista.

—Comprendo que habrá muchos que le harán la misma petición, pero nuestro caso es diferente—le dijo Rudy—. Nosotros formamos una orquesta admirable y estoy seguro de que si nos oye, hará cuanto le pedimos.

—Eso mismo dicen todos—exclamó el señor Grant—. De manera que lo mejor que pueden hacer es marcharse con viento fresco.

—¿Sin que demos el concierto?—preguntó extrañado Rudy.

—¡No quiero oír nada! — exclamó fuera de sí Ted Grant—. ¡Ya les he dicho que se vayan inmediatamente!



Sin atender a razones, los echó de su casa.

Y sin atender a más razones los arrojó de la casa.

Mas la tenacidad de Rudy no podía darse por satisfecha con aquella desgraciada entrevista. Veía en Grant el único medio de salir a flote y aquella misma noche volvió a ir al teatro donde trabajaba éste y buscó el momento de poder hablar con él para hacerle la misma petición.

—¡Ya les he dicho que no quiero oírlos!

—exclamó Grant—. No me moleste más.

No cabía duda de que el célebre saxofonista no sabía con quién se jugaba los cuartos, y una prueba de ello la tuvo al día siguiente, cuando estaba hablando con su empresario. Un criado entró y le dijo:

—Ahí están los jóvenes de ayer, que desean hablar con usted.

—¡Oh! — exclamó desesperado Grant—. ¡Esto es imponente! ¡Me encuentro a esos muchachos en todas partes! ¡Ahora mismo me voy a la capital, para ver si así me libro de ellos! ¿Quiere usted acompañarme?

—Con mucho gusto—le respondió el empresario.

—Dígales a esos muchachos que me he ido, que no estoy en casa—le dijo el músico a su criado.

Este salió a dar cuenta a los jóvenes de la entrevista que había tenido con su amo, y les dijo:

—Han perdido ustedes el tiempo, muchachos y lo perderán, si siguen viniendo aquí.

—¿Por qué?—preguntó Rudy.

—Porque el señor Grant, para no verles más y estar tranquilo, se ha marchado a la capital, a la casa que allí tiene.

—Gracias por el informe—exclamó Rudy—. Ya lo encontraremos.

Entonces se dió cuenta el criado de la plancha que había hecho diciéndole los pensamientos de su amo, pero finalmente, se encogió de hombros, diciéndose a sí mismo:

—¡Que lo busquen!... ¡Trabajo van a tener para encontrarlo!

---

## BIBLIOTECA FILMS y FILMS DE AMOR

---

Son las mejores novelas  
cinematográficas

—Un cuarto lo reservan obispo y cardenal, otro para la marquesa y su hijo, otro para el obispo —dijo el criado— y el cuarto para la señora de la casa, que es la señora que más se preocupa de su casa, de su familia y de su hogar.

### TERCERA PARTE

Rudy, resuelto a que Grant oyese su orquesta, como le había dicho al criado, consiguió que sus compañeros le acompañasen hasta la ciudad, diciéndoles:

—Es preciso que demos un concierto ante ese hombre. Es el único que puede favorecernos.

—Pero si no nos quiere escuchar—le contestó uno de ellos.

—Eso no importa—exclamó Rudy—. Tocaremos sin que él sepa que estamos en su casa y estoy seguro de que cuando nos oiga cambiará de parecer.

—¿Y cómo conseguiremos eso?—exclamó otro de los que formaban la orquesta.

—Muy fácil; entrando en la casa que él ocupa, sin que nadie nos vea.

Y como lo habían pensado lo hicieron. Marcharon a la capital y no tardaron en



La dueña de la casa más que una dama era una fiera...

saber la casa que ocupaba el famoso saxofonista.

—Hay que entrar por la ventana, para que no nos vea ningún criado — propuso Rudy.

Y uniendo la acción a la palabra, sin encomendarse a Dios, ni al diablo, penetraron en la que creían casa de Grant.

Mas la sorpresa de todos fué grande, cuando se vieron descubiertos por el ama de la casa, una ricachona de la buena sociedad, que en aquel momento se hallaba con su sobrina Juana.

Era ésta una preciosa joven, que vivía en unión de su tía, la viuda Whitehall, una de esas damas que se perecían por la música y que al ver a los muchachos, los tomó por una partida de ladrones y se puso a gritar:

—¡Socorrooo!... ¡¡Socorrooo!!

—Por Dios, no grite, señora — exclamó Rudy.

Mas la viuda, sin atender a razones, seguía gritando:

—¡Ladrones!... ¡Ladrones!

—No somos ladrones, señora — exclamó Rudy—. Somos muchachos que pertenecemos a una gran orquesta.

Estas últimas palabras tranquilizaron algo a la viuda Whitehall, que les preguntó:

—¿Pertenecen ustedes acaso a la orquesta de Ted Grant?

Rudy vió en aquella pregunta una forma airosa para salir del paso y le respondió:

—En efecto. ¿Conoce usted a Ted Grant?

—Nosotras no hemos visto nunca al famoso saxofonista—respondió ella—, pero tendríamos un placer immense en poder saludarlo.

Rudy alargó la mano a la señora Whitehall y le dijo:

—Pues ese placer puede usted tenerlo ahora mismo.

—¿Acaso usted...? — preguntó Juana, agradablemente impresionada por la presencia del muchacho.

—Sí, señorita — respondió Rudy—. Soy yo mismo.

—¡Qué extraño...! — murmuró Juana.

—¿Por qué le parece a usted extraño? — preguntó Rudy, algo más tranquilo.

—Porque yo creía que Ted Grant era de otra manera.

—Sí — exclamó Rudy—. Ya sé que todos me pintan como a un ser estrafalario y de mal carácter, pero no haga usted caso, esas son propagandas de mi empresario solamente.

Tampoco para Rudy había pasado inadvertida la exquisita belleza de Juana, y procuraba, por todos los medios, hacerse simpático a ella.

La señora Whitehall intervino en la con-

versación de los dos jóvenes, para decirle a Rudy:

—En ese caso, yo desearía pedirle un favor.

—Concedido, señora — respondió Rudy, mirando intencionadamente a Juana, como dándole a entender que si accedía de antemano a lo que solicitaba su tía, era, más que por nada, por ella.

—¿Me promete usted no volverse atrás, cuando sepa de qué se trata?

—Se lo prometo, solemnemente—respondió Rudy, mientras que los demás compañeros, no salían de su asombro al ver la frescura del joven.

—Pues desearía que nos diese usted un concierto. Hace mucho tiempo que acaricio esta idea. Desde luego, serán ustedes nuestros huéspedes hasta que se termine el concierto.

—Me parece que eso es abusar de su amabilidad, señora—respondió Rudy.

—Nada de eso — intervino Juana, para que Rudy accediese—. Además, tenga en cuenta que ha prometido no negarse a nada de lo que le pidamos.

—Me han cogido ustedes la palabra y no tendré más remedio que cumplirla. Acepto la invitación y mis amigos también.

—Nosotros—replicó uno de ellos, a quien

no le gustaba nada el aspecto que iba tomando el asunto.

—Vosotros hacéis lo que yo os mande; para eso soy vuestro director—exclamó Rudy, sin dejarle hablar.

Y aceptada la invitación de la señora Whitehall, los siete músicos quedaron establecidos en la magnífica morada de la viuda.

## CUARTA PARTE

Al día siguiente, Rudy les decía a sus compañeros:

—Me parece que hemos hecho nuestra suerte.

—Pues a mí me parece—le respondió un compañero—que lo que estamos haciendo es oposiciones a una plaza en la cárcel.

—¿Por qué?—preguntó Rudy.

—Porque si descubre esta señora, que tú no eres Ted Grant y que nosotros no hemos tocado nunca en más conciertos que en los que nos damos, nos va a mandar unos cuantos días a la sombra.

—No se enterará—respondió Rudy.—Además daremos hoy el concierto que nos ha pedido y quién sabe si ella misma nos protegerá.

—¿Pero piensas decirle quién eres?—preguntó otro de los músicos.

—Naturalmente. Como estoy seguro de que

le agradará nuestra música, aprovecharé el momento de su entusiasmo, para decirle lo que deseamos.

Por la mañana, de aquel mismo día, Juana procuró encontrarse con Rudy a quien le dijo:

—Tengo que darle las gracias, señor Grant.

—A mí, ¿por qué?—preguntó el muchacho.

—Sé por qué ha accedido usted a darnos hoy un concierto—siguió diciendo la joven.

—He sospechado que ha accedido usted... por mí.

—Es verdad, señorita—respondió Rudy.

—Llámeme Juana—le interrumpió ella.

—Pues es verdad, Juana. Cualquier cosa que usted me hubiera pedido la hubiera hecho sin dudar.

—Es usted muy galante—respondió ella, bajando los ojos ruborizada.

—Y usted la criatura más bella que he conocido—exclamó él con vehemencia.

Juana se dejó vencer por las primeras palabras del músico, mas rehaciéndose inmediatamente, le dijo:

—No debo extrañar que ustedes, los músicos, sean tan galantes.

—¿Por qué?—preguntó extrañado Rudy.

—Por que van a tantos sitios, tratan con tantas mujeres... Son ustedes, como si dijé-

ramos unos amantes vagabundos, que corren de un lado a otro...

—Se engaña, Juana—exclamó Rudy.—Yo no he recorrido todo eso que usted cree, es más le diré que no he salido de Nueva York nunca...

—¿Y sus conciertos?... ¿Cómo ha alcanzado usted tanta fama en el extranjero?—preguntó ella extrañada.

Rudy se vió perdido, pero aun tuvo una idea luminosa que lo sacó del atolladero, diciéndole a la muchacha:

—Toda esa gente me han oído por radio.

Juana quedó convencida con aquella explicación. No tenía motivo para dudar de las palabras del músico y creyó de buena fe cuanto le decía.

Por la tarde, Rudy y sus amigos se dispusieron a dar a la viuda el concierto prometido y durante él, Rudy, dando rienda suelta al amor que en su corazón había inspirado la dulce Juana, cantó bellas canciones en las que le daba a entender que estaba enamorado de ella. Nadie podía comprender el doble sentido de aquellas canciones, nadie excepto Juana. Sentía igual efecto por el músico y su corazón le decía que todo aquello iba dirigido a ella. A cada canción de Rudy sonreía deliciosamente y sus ojos le expresaban que ella también correspondía a aquella pasión que le revelaba en sus canciones.

El concierto resultó un éxito definitivo. La señora Whitehall quedó encantada y hasta tal punto que le dijo:

—Tocan ustedes maravillosamente. Cómo se conoce que es usted el único saxofonista del mundo que sabe interpretar tan admirablemente.

—Me alegro haberle agrado, señora—respondió Rudy.—Y a usted, Juana, ¿que le ha parecido?

—Maravilloso!—exclamó la joven.—Ha cantado usted unas canciones muy bonitas!

—¡Qué lástima que las hayamos oído nosotros nada más—replicó la señora Whitehall.

—Debería usted dar un concierto público.

—Eso es precisamente lo que deseamos—exclamó Rudy, sin darse cuenta de lo que decía.

—Pues yo se lo proporcionaré—exclamó la señora Whitehall.—Dentro de unos días celebraremos una fiesta benéfica de la que yo soy la encargada... ¿Quiere usted tomar parte en ella? Se trata de una fiesta para los pobre-citos huérfanos.

Rudy comprendió que en aquella fiesta asistiría mucha gente que conocería personalmente a Ted Grant, y se negó rotundamente a dar el concierto diciéndole:

—Es imposible eso que usted desea, señora.

—¿Por qué?—preguntó la señora Whi-

tehall.—Piense que será una fiesta lucídísima.

—Es que yo no puedo actuar sin permiso de mi empresario.

—Por eso no se apure—replicó la señora.—Yo misma me encargaré de obtener su autorización.

—Es inútil—exclamó Rudy.—Conozco bien al empresario y estoy seguro de que no consentirá que toquemos en ningún concierto, aun cuando se trate de una fiesta benéfica.

—Si ese es el inconveniente, yo sabré resolverlo.

Rudy se vió cogido por todas partes. Vió que no tenía más remedio que dar el concierto y que esto significaría tanto como perder para siempre a Juana.

En aquellos momentos, más que nada, le importaba ella. No quería pasar a lo ojos de la joven como un cualquiera, como un desaprensivo que se había aprovechado del nombre de otra persona para colarse bonitamente en su casa. La idea de que Juana pudiera creer esto le irritaba, y, sin embargo, no veía el medio de solucionar el conflicto. Pero como todavía faltaban algunos días para celebrarse la fiesta, Rudy dejó que los acontecimientos se sucedieran y que en el curso de los mismos pudiera encontrar algún motivo para ausentarse, sin tener que descubrirse.

## QUINTA PARTE

Durante aquellos días, Rudy se dedicó por entero a Juana. Entre los dos jóvenes el amor iba haciéndose cada vez más fuerte y mayor era también la impaciencia de Rudy por ver de la forma que se solucionaría su situación.

Hubo momentos en que estuvo tentado de confesarle a Juana toda la verdad, pero al ir a decírsela, y ver la confianza que la muchacha demostraba en él, quedaba cortado y seguía callando, al mismo tiempo que mantenía aquel amor.

Juntos salían los dos a paseo y juntos asistían a los "music-hall" y a cuantos sitios de diversión había. Ella cada día más enamorada de él, no ocultaba ya sus sentimientos y muchas veces le decía:

—Hasta ahora, no sé lo que es la verdadera vida, Ted.

—¿Por qué?—le preguntaba él cariñosamente.

—Porque hasta ahora no he llegado a comprender la dicha que otorga el amor.

—¿Y me amas mucho? — preguntaba él conmovido por la pasión que le demostraba la joven.

—¡Más que nada en el mundo!—exclamaba ella, abrazándose a él, confiadamente.

Sus amigos no estaban tan satisfechos como Rudy. Temían el momento en que se celebrara el concierto y para evitar la vergüenza de verse descubiertos, adoptaron la resolución de marcharse.

—¡Pero no seáis locos—les dijo Rudy.—¿Por qué queréis marcharos?

—¿Quieres que nos quedemos aquí, para que nos metan en la cárcel, cuando se descubra toda la verdad?—le respondieron.

—No temáis—les dijo él—, mucho peor será el que huyáis. Todavía no hay nada perdido. ¿Quién sabe todavía lo que puede suceder? Pensad que solamente de los decididos son las victorias.

—Sí, pero es que esto no va a ser una victoria, sino una verdadera derrota con todas sus consecuencias—le respondieron.

—Yo os prometo que nada os pasará—respondió Rudy, que temía que le dejaran solo en aquellas circunstancias. — ¿Creéis que el empresario de ese Ted accederá a que tra-

je su artista en un sitio que no sea su teatro? Además, que la señora Whitehall no conocía al empresario, pero esto no fué obstáculo para que diera con su nombre y para que le escribiera solicitando que dejase dar un concierto en aquella fiesta benéfica a Ted Grant.

Cuando éste se enteró de la petición que le había sido hecha a su empresario le dijo:

—Yo no he sido requerido para ningún concierto benéfico.

—Pues en esta carta dice bien claramente que usted ha accedido y que solamente falta mi autorización.

—No comprendo lo que puede haber pasado—respondió Grant—, yo no conozco a esa señora Whitehall, ni nunca he hablado con ella.

—Ya sospecho lo que habrá pasado—le dijo el empresario.—Sin duda alguna alguien se ha hecho pasar por usted y pretende, sabe Dios, con qué fin, aprovecharse de su nombre. Debemos impedir eso.

—¿Cuándo se celebra esa fiesta?—preguntó Ted Grant.

—Aquí dice que mañana.

—Pues nos presentaremos allí, con varios policías y detendremos al fresco que se hace pasar por mí. ¡Eso es desprecio que yo no puedo consentir!

Llamaron al teléfono y una vez puesto en

comunicación con la Comisaría, le dieron cuenta de lo que sucedía.

—Pierdan cuidado—les respondió el Comisario.—Yo enviaré varios hombres para que se pongan a sus órdenes y detengan a ese individuo.

—Gracias, señor Comisario—terminó diciendo Ted Grant.

Al día siguiente, todo estaba preparado para la fiesta. Había sido anunciado, previa autorización del empresario de Ted Grant, la actuación de éste y la espectación entre los asistentes a la fiesta era grande. La señora Whitehall se había levantado una especie de escenario donde debían actuar los artistas que tomaban parte en la fiesta y también la orquesta dirigida por Rudy, con el nombre de Ted Grant.

Momentos antes de empezar la actuación de la orquesta llegaron a la casa de la señora Whitehall, Ted Grant y el empresario. La viuda los recibió amablemente diciéndole al empresario:

—¿Viene usted también a deleitarse con la música de su artista?

—En efecto—respondió el empresario.—Y no solamente he aceptado su invitación, sino que he tomado la libertad de invitar a esos tres amigos míos.

—Ha hecho usted muy bien—respondió la señora Whitehall.



Hasta la misma policía felicitó a los concertistas.

Como ya se comprenderá los tres amigos a quienes se refería el empresario, no eran otros que el propio Ted Grant y dos policías que los acompañaban para detener a los músicos.

Dió por fin comienzo el concierto por la orquesta de Rudy y desde los primeros instantes, Ted Grant se dió cuenta de que tenía ante él unos músicos que interpretaban magistralmente la nueva música. Se acercó al empresario y le dijo en voz baja:

—Esos muchachos fueron a verme hace unos días y no los quise escuchar, pero hay que convenir que tocan admirablemente.

—Ya me he dado cuenta de ello—respondió el empresario.—Sería una lástima detenerlos.

—Verdaderamente, su decisión merece un premio—respondió Ted Grant, cada vez más entusiasmado con la forma de actuar de la orquesta.

—Y yo mismo se lo ofreceré—respondió a su vez el empresario.—Cuando terminen les propondré que actúen en mi teatro. ¿Qué le parece?

—¡Que será un éxito! — exclamó Ted Grant.

Acabaron de tocar y todo el público aplaudió estruendosamente a los que formaban la orquesta. El éxito conseguido superaba por mucho a lo que podría esperar Rudy. Este



casi podía decirse, que se había olvidado incluso de que estaba encarnando la persona de otro. Pero allí estaba Grant para recordárselo. Se adelantó el famoso saxofonista hacia el escenario y Rudy al verlo se vió perdido. Miró hacia el público y pensó que toda aquella gente que estaba allí aplaudiendo le volverían la espalda, tan pronto como supiesen su hazaña, que Grant no tardaría en descubrir.

—Señor Grant, soy un gran aficionado a la música y he tenido un gran placer en oír este concierto. ¿Quiere usted que hablemos luego de algo que ha de interesarle? Se trata de un contrato que mi empresario quiere firmar con su orquesta.

—Encantado—exclamó, sin poder contener su alegría.

El público empezó a desfilar y cuando quedaron solos Rudy y Juana, aquél, sin querer continuar por más tiempo el engaño, la dijo:

—Juana, he de hablarte de algo, que estoy seguro de que te molestará, pero no quiero seguir por más tiempo esta situación equívoca.

—¿De qué se trata? — preguntó ella, sin poder adivinar lo que le quería decir su novio.

—Yo no soy quien tú crees que soy. Soy, eso sí, un gran músico, que tiene un con-

trato ventajoso en el mismo teatro que trabaja Ted Grant, pero yo no soy él.

—¿Que no eres Ted Grant? — preguntó asombrada la muchacha.

—No y no quiero seguir engañándote. Yo vine a tu casa creído que aquí vivía Ted Grant, pero al verme descubierto di su nombre y lo sostuve luego por amor a ti.

Ella permanecía callada, aquella confidencia era lo menos que hubiera esperado. Mas, al ver que Rudy se alejaba tristemente, lo llamó diciéndole:

—Y qué me importa a mí que tú no seas Ted Grant? Te amo, aunque te llames como te llames.

Y para demostrarle que era verdad lo que le decía le echó los brazos al cuello y los dos muchachos unieron para siempre sus corazones con un beso apasionado, mientras que la señora Whitehall, que entraba en aquel instante sonreía satisfecha de la conquista que había hecho su sobrina.

F I N



# El conflicto Chino-Japonés

Consta de 8 cuadernos

Portada a todo color - 16 páginas de texto

Reproducción en papel couché de fotografías enviadas por avión

Títulos de los cuadernos:

- Núm. 1 **La Mandchuria en llamas**
- Núm. 2 **Primeras hostilidades**
- Núm. 3 **¿Estallará la caldera?**
- Núm. 4 **Bautismo de sangre**
- Núm. 5 **La triste jornada de Tsi-Tsi-Kai**
- Núm. 6 **Hospital de sangre**
- Núm. 7 **Un duelo sobre las nubes**
- Núm. 8 **Con los estudiantes de Nanking**

**20 cts. cuaderno**

Biblioteca Films, Apartado 707. Barcelona

Las creaciones de la pareja de moda

**LILIAN HARVEY**

Y

**HENRY GARAT**

solamente las encontrara en ediciones

**BIBLIOTECA FILMS**

**El favorito de la guardia**

Opereta cómica de asunto sugestivo. 50 cts.

**El trio de la bencina**

Opereta vienesa de amor e intriga. 50 cts.

**Ha salido un ladrón**

Comedia sentimental. 25 cts.

**Pez de Tierra**

**(Se acabó el Amor)**

Alta comedia amorosa. 50 cts.

Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona